

ESTUDIO CRÍTICO SOBRE EL LIBRO DE OSVALDO BAYER

LOS VENGADORES DE LA PATAGONIA TRÁGICA. Por OSVALDO BAYER. (Buenos Aires: Ed. Galerna, 1972–74, 3 tomos.)

Al iniciar la caracterización de los aspectos fundamentales que componen este trabajo, debemos señalar que desde un punto de vista historiográfico podemos catalogarlo como una crónica interesada de los sucesos que conmovieron al extremo sur de la República Argentina desde fines de 1920 hasta 1922. El tema que en estos tres tomos se analiza—hay un cuarto en prensa—es sin duda de suma importancia no solamente para el conocimiento de la historia regional, sino también para comprender aspectos significativos del pasado nacional, tanto en los que hace a lo social, como a lo político y económico. El autor trata aquí fundamentalmente el problema de las dos grandes huelgas que se dan en este período, el movimiento de los distintos grupos y personas influyentes que de una u otra manera estuvieron vinculados al proceso—no solamente en el orden local, sino en el nacional—así como los enfrentamientos, represiones y repercusiones que las mismas engendraron.

Aunque se nota un desequilibrio en el estudio de los distintos temas debido principalmente a la mezcla de aspectos que concurren a dar la estructura del proceso, con acontecimientos que no pasan de ser elementos aislados propios del relato meramente policial, es interesante la descripción detallada de muchos acontecimientos que son consignados hasta en sus aspectos más insignificantes en una suerte de crónica sumamente adjetivada y que al estar escrita en prosa ágil, propia del profesionalismo periodístico del autor, hace amena la lectura. Sin embargo, no deja de ser chocante en algunos momentos el empleo de términos soeces con la finalidad de dar énfasis a sus apreciaciones.

Indudablemente el tema se presta para su dramatización, por lo que no ha de extrañarnos que sobre su argumento se hiciera una película de gran éxito, "La Patagonia rebelde," y esto lleva sin duda al autor, conjuntamente con una posición preconcebida, a hacer algunas apreciaciones que no conducen con los criterios de rigurosidad científica que debe tener una obra para ser considerada histórica. El mismo título de este trabajo, inspirado en el de José María Borrero, *La Patagonia trágica* (Editorial Americana, 1972), así como los fragmentos y denominaciones que preceden a cada capítulo ratificarían de por sí esta apreciación general, pero el tratamiento de los contenidos esenciales del tema, dan la pauta de esa parcialidad en la interpretación.

No negaré el compromiso que debe asumir el investigador, tal como lo señala el Editor en su advertencia al tomo 3, pero tal compromiso no debe servir para justificar una parcialidad manifiesta en el análisis de los hechos, sino para reconstruir el pasado, sin eludir interpretaciones, pero tratando de elaborarlas dentro de un marco de objetividad.

Si bien Bayer al tratar la cuestión huelguística y los levantamientos hace referencia a algunos elementos explicativos que son determinados tanto por condiciones locales, como por la coyuntura internacional, como por ejemplo la baja del precio de la lana, a mi entender, falta la profundización necesaria para hacer perfectamente comprensible el proceso, de los elementos que desde fines del siglo anterior confluyen a dar la base de sustentación a esta explosión. Posiblemente estos aspectos sean ajenos al interés del mismo Bayer, ya que su propósito parece ser el de dar a luz fundamentalmente el desarrollo hecológico de un acontecer que por su dureza e incluso por su crueldad, son dignos de ser leídos con avidez. Pero desde un punto de vista comprensivo y realmente interpretativo, tanto o más importante que el acontecer meramente fáctico, es el estudio de las causas que de una u otra manera convergen a proporcionar las condiciones en que se engendra, dinamiza y encuadra el aludido movimiento.

Sin embargo, pese a que pueda decirse que esto es ajeno al objeto del autor, como lo he señalado, no puedo dejar de consignar esta falencia fundamental, cuyo desconocimiento lo lleva, por ejemplo a errar, cuando al hablar de cuestiones demográficas señala al grupo chileno como el más destacado y prácticamente determinante en la composición de Santa Cruz, cuando, de acuerdo con el Censo de Territorios Nacionales de 1920, el número de españoles es mayor, sin contar los otros núcleos europeos. Aspecto éste básico para el estudio de la importancia de la inmigración y de su incidencia ideológica en el proceso estudiado. Además podemos señalar como significativos antecedentes la influencia ejercida desde Chile en la organización obrera santacruceña, las relaciones intersindicales con Punta Arenas, los conflictos registrados en ambas partes con anterioridad al año 22, la composición social del territorio, el problema de la distribución de la riqueza, el estudio efectivo de la distribución de la propiedad de la tierra, la producción territorial, etc. Su planteo en este sentido es estrictamente simplista, frente a un problema tan complejo: "Simplificando," dice Bayer, "podemos decir que [la Patagonia de 1920] era una tierra argentina poblada por peones chilenos y aprovechada por un grupo de latifundistas y comerciantes. Es decir gente que ha nacido siempre para obedecer y otros que se han hecho ricos porque son fuertes por naturaleza. Y allá fuerte quiere decir casi siempre inescrupuloso" (1:29).

Una vez señaladas estas limitaciones en cuanto a lo que el autor no hace o descuida en el orden interpretativo del proceso, entraremos a analizar lo que el autor hace en estos tres abultados tomos, llenos de interesantes datos sobre el tema.

Áqui, tal como en las más tradicionales crónicas, trama un enjambre de acontecimientos y situaciones, en los que no faltan, también al estilo de aquellos relatos, las inferencias necesarias para dar coherencia a las concatenaciones.

Las virtudes de este relato se centran principalmente en el análisis detallado de una gran cantidad de acontecimientos que transcurren fundamentalmente entre estos dos años. Dificilmente otro historiador pueda realmente realizar una obra tan exhaustiva en datos sobre los sucesos de Santa Cruz y vaste para ello observar que pese a que se tratan algunos aspectos anteriores al proceso en el tomo primero y algunos posteriores, que incluso llegan a la década siguiente, como cuando se refiere a la vuelta del dirigente obrero Antonio Soto en 1933, el

denso contenido de los tres tomos se refiere básicamente a los movimientos del 21–22. De allí que esta crónica es, y lo sería más si hubiera tenido objetivos científicos en su relato, fundamental para el conocimiento de los acaecimientos que sobrepasando el marco huelguístico, tomaron características revolucionarias y conmovieron al extremo sur de la Argentina.

Sin embargo, el lector debe entrar a ella sabiendo que tiene que pasar por la zaranda los acontecimientos para tener una interpretación más o menos objetiva de los mismos. De allí que caractericemos de “crónica interesada” al relato.

Pese a que en el tomo 3 existe algún pequeño intento de objetivar algo de la interpretación de los sucesos santacruceños, en general hay una constante que tiende a demostrar que la actitud de los obreros más radicalizados—incluidos sus dirigentes—particularmente del grupo anarquista, es totalmente idealista, ingenua y provista de la razón absoluta, que los conduce a una suerte de cruzada redentora, que lleva al mismo Bayer a compararlos—como veremos—con los cristianos en el circo romano. Ahora bien, frente a ellos se alza, no solamente el grupo compuesto por la alta burguesía santacruceña, por sectores de la clase media, los de seguridad, de las fuerzas armadas y, salvo excepciones, de gobierno, sino también de los obreros que no coincidían con los principios y métodos sustentados por los primeros; y todos estos, de alguna manera, son individualmente vituperados por Bayer, posiblemente con la finalidad de exaltar la “epopeya” de los huelguistas.

Démos algunos ejemplos: Al iniciar su estudio ya trata de predisponer, desde la primera página al lector con respecto a la figura del Coronel Héctor Benigno Varela, pese al interrogante final. “Es el famoso Teniente Coronel Varela. Más conocido por el Comandante Varela. El hombre más aborrecido y odiado por los obreros. Lo llaman el ‘fusilador de la Patagonia,’ ‘el sanguinario’; lo acusan de haber fusilado en el sur a más de 1.500 peones indefensos. Les hacía cavar primero las tumbas; luego los obligaba a desnudarse y los fusilaba. A los dirigentes obreros los hizo apalear y sablear y luego ordenó pegarles cuatro tiros. . . . Es así el Comandante Varela, tal cual dice la leyenda?” Y, a renglón seguido, luego de detallar la forma valiente en que el asesino de Varela, el anarquista Kurt G. Wilckens, cumple su cometido, señala como el mismo matador queda exaltado cuando un grupo de militares lo piden “para fusilarlo en el acto” y él exclama, un poco al estilo de nuestro legendario Sargento Cabral: “Yo no soy necesario en la vida, he cumplido con mi deber, pueden matarme.”

Los alcances de la señalada actitud del autor con respecto a las fuerzas armadas que intervinieron en Santa Cruz, se contempla también en una parte de su escrito que rozando lo tragicómico relata como cinco prostitutas se niegan a tener relación con algunos soldados: “Una paciente investigación,” dice Bayer, “nos ha llevado a conocer el nombre de estas cinco mujeres o mejor dicho, de estas cinco mujerzuelas. Las únicos seres valientes que fueron capaces de calificar de asesinos a los autores de la matanza de obreros más sangrienta de nuestra historia. He aquí sus nombres, tal vez los mencionaremos como un pequeño homenaje o no digamos homenaje digamos recuerdo de las cinco mujeres que cerraron sus piernas como gesto de rebelión” (2:359).

Otra cosa que maneja arbitrariamente es el problema de los extranjeros.

Parecería que para el autor hay extranjeros de primera o de segunda, y en consecuencia los de acuerdo al sector en que militan o al que son proclives, incluso por sobre su misma condición de clase.

Si trata con dureza a estancieros y comerciantes, no es en definitiva más indulgente con el gobierno de Yrigoyen, en su desdida ambigüedad: "No nos cabe la menor duda que si los estancieros no se hubieran movido en Buenos Aires, la matanza no habría ocurrido. Pero decir que los culpables fueron solamente los latifundistas que confundieron al gobierno y al ejército es sostener una incongruencia tan grande como si manifestamos que la culpa de la matanza de judíos en el Tercer Reich la tuvieron los Krupp y los grandes industriales alemanes, y lavamos de responsabilidad a Hitler a toda la organización represiva nazi" (3:23).

Dentro del sector "patronal" o pro-patronal, incluye también la descripción de la Liga Patriótica, especialmente en el capítulo tercero del tomo 1, cuyo epígrafe señala: "Blancos contra rojos—Pioneros contra bandoleros—Explotadores contra explotados." No pretendo justificar la actitud de la Liga, pero es importante destacar la descripción que Bayer hace de la misma, en contraposición con su visión del otro sector: "Verdadero ejército de guardias blancas. Son las llamadas brigadas formadas por los patrones, los empleados, los capataces y los "obreros buenos." En resumen, por la "gente de bien [habiendo creado también Carlés] brigadas femeninas dirigidas por jóvenes católicas de familias de muy buena posición, integradas por mujeres que trabajan en fábricas y servicio doméstico."

Más aun, podemos sí afirmar que Bayer llega al máximo de su exageración cuando no solamente atribuye más fuerza y trascendencia de la que realmente tuvo la Liga Patriótica, sino también y fundamentalmente cuando cree que pudo darse una revolución comunista al estilo de la rusa en la Argentina. "Gente decidida a todo. La Liga Patriótica demostró que no era moco de pavo. Cuando actuó, dejó su marca, y si no hubiera sido por Manuel Carlés y su gente, tal vez en la Argentina hubiera ocurrido en 1919 otro octubre rojo igual que en la lejana Rusia" (2:65). Signo evidente de su interesada interpretación del proceso nacional de los años 20.

Ahora bien, aunque empleados y algunos "obreros buenos," fabriquerías y domésticas han sido aludidas dentro del sector "pro-patronal" o proclive al "orden," veamos algunas consideraciones del autor sobre los sectores obreros.

Solamente los que reponen a la central obrera se salvan del juicio agrio y crítico de Bayer.

Los grupos que genéricamente componían el proletariado santacruceño eran tres: (1) Los trabajadores libres, compuestos por "las pocas mujeres que trabajaban en algunos comercios y los horteras de siempre, confidentes de los altos empleados de las empresas" (2:39), a los que se sumarán los contratados en otras partes del país en momentos de la huelga ("carneros") y que recibirán la reacción armada de los huelguistas de Santa Cruz.

(2) Los que respondían a la "burocracia" sindical—término muy empleado en la actualidad para definir a los dirigentes de la actual CGT por los sectores ultras—que según Bayer se había apoderado de la central obrera más poderosa de Buenos Aires, la sindicalista (3:186). "Afectos al gobierno Yrigoyenista y que hacían muy buenas migas con el capitán Yza (Gobernador del Territorio de Santa

Cruz)" (2:39), cuyos dirigentes "divisionistas" cuentan con el aval de la poderosa Federación Obrera Marítima y que además de tener el apoyo de los gráficos que se separaron de la Federación Obrera de Rio Gallegos, forman en aquella ciudad otro gremio, el Sindicato de Chauffeurs, Mecánicos y anexos.

Una nota aparecida en el periódico *La Unión* de Rio Gallegos, comentando la separación del nuevo gremio y el contenido de un volante que, según el periódico, explica "correcta y moderadamente, sin agravios ni insultos parciales contra nadie pero evidencia lo que todos venimos sosteniendo de que el obrero está siendo víctima de los que sin serlo, se encaraman sobre las organizaciones con el único y preconcebido fin de explotarlo en la forma más solapada y extorsiva," permite a Bayer afirmar que: "Con la sola publicación de la opinión de los patrones podemos colegir quienes eran los nuevos dirigentes y que, equivocado o no, Antonio Soto estaba llevando a cabo una lucha insobornable contra los poderosos que se valían de su mejor arma: el divisionismo obrero." Pero más aún, Bayer se hace eco de todas las acusaciones que la FORA anarquista de Buenos Aires, decidida enemiga de la Sindicalista, efectúa contra los integrantes de la nueva organización, ya que para desprestigiarlos señala que el que no ha sido confidente policial, es dueño de un prostíbulo, vago y "canfinflero" o carnero.

Así quedará para Bayer el otro sector. El único que se salva en su opinión por su providad y desinterés: (3) El de la Federación Obrera, "el proletariado propiamente federado, masa sin ninguna preparación, con dirigentes que apenas sabían leer y escribir [cosa muy dudosa de acuerdo con los manifiestos publicados] y con una confusión ideológica total, pero basados, sin duda, en un anarquismo sui generis con mucho de Bakunin y Proudhon, con una dosis incontestable de rebeldía personal, de protesta contra el maltrato y de ansia levantisca que a veces se da sólo en ciertas circunstancias, pero que aquí, en ese 1921 patagónico brota con una fuerza irresistible, tan irresistible que le hace temblar la estantería al propio Yrigoyen" (2:39–40).

Estos son los que harán el movimiento y darán la base a los grupos armados que revolucionarán el territorio, recibiendo a su vez una muy dura represalia.

"Los obreros patagónicos," dice Bayer, "se levantan solamente porque tienen razón. Es la típica reacción anarquista. Desconocen lo más elemental de política. Para triunfar no sólo hay que tener razón."

Los cristianos en el circo romano eran los que tenían razón pero esa razón se la engullían los leones.

Aún así no debemos juzgar a los dirigentes anarquistas de Santa Cruz como tan incoherentes o idealistas a la violeta. Tal vez desde su punto de vista, hicieron lo más lógico, o lo más honrado; ante el incumplimiento del convenio, ante la prisión de sus compañeros, huelga general—muy bien organizada—y esperar a que venga nuevamente el ejército a arreglar las cosas y hacer cumplir lo pactado. Hasta ahí va bien la lógica. Luego se rompe todo en pedazos. El ejército viene, pero en vez de hacer cumplir el pliego de condiciones para el trabajo rural, fusila.

De cualquier manera, aunque falla el esquema son los obreros los que se equivocan. Al confiar en el ejército y en el gobierno radical. Los que no se equivocan son los estancieros que en toda esta tragedia son los únicos coherentes.

“Los estancieros son coherentes y no cometen errores. Los obreros se comportan con una candidez a toda prueba y se equivocan totalmente. Yrigoyen y el teniente Coronel Varela son incoherentes. O realistas” (3:24–25).

Hasta aquí la suerte de epopeya que en la pluma de Bayer toma a veces tono panfletario; donde, pese a que en alguna oportunidad trata de evitarlo, se da un relato en el que se alternan los claro-oscuros. Donde la providencia y la honestidad, se encuentra en manos de los sectores obreros dirigidos básicamente por los anarquistas, mientras que la rapacidad, la intriga, la deshonestidad o la crueldad son patrimonio en mayor o menor medida de los otros sectores que conforman genéricamente el espectro santacruceño.

Por eso, aunque sin lugar a dudas es importante la lectura de estos tomos debido a la riqueza de información inserta, debe efectuarse la misma con el mismo sentido crítico que debió emplear el autor en el análisis documental y en la elaboración final.

Es cierto que el tema es apasionante, pero eso no justifica que un trabajo como el de Bayer, de gran riqueza heurística, tenga desde un punto de vista metodológico semejante tendenciosidad crítica.

HERNÁN ASDRUBAL SILVA
Universidad Nacional del Sur, Argentina